**Ponga el adjetivo en su sitio**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático, jubilado, de Lengua española

¿Quién ha dicho que en español primero se pone lo esencial, el sustantivo, y después lo secundario, el adjetivo o el apuesto, al revés que en inglés? ¿Cómo hay que decir con Manuel Machado: «plateado Jaén, Almería dorada, Málaga cantaora, Córdoba romana y mora, Cádiz, salada claridad, Granada, agua oculta que llora»? Como vemos, no hay acuerdo.

Tan no es así, que por un lado parece libre la posición y, por otro, se han formado grupos de palabras que siempre se colocan de la misma manera a modo de clichés: ‘fecha memorable, a pasos agigantados, recinto ferial, ofrenda floral’. El cliché es una expresión o idea tan desmedidamente usada en el lenguaje escrito o hablado, que pierde la fuerza o novedad pretendida, especialmente si en los inicios fue considerada muy poderosa o innovadora. Su aparición indica falta de creatividad o sinceridad por parte de autores u oradores, quienes no se toman la molestia de formular un pensamiento propio.

Asimismo, el significado de un cliché en particular puede variar con el tiempo y generar confusión, incorrección o connotaciones políticas e ideológicas, puesto que suele depender de quién lo utilice y del contexto donde se emplee. Mientras la mayoría de las frases hechas pueden y deben ser evitadas al escribir o disertar, muchas de este tipo han permanecido vigentes a través de los siglos no solo porque han sido sobrevaloradas, sino porque constituyen una forma muy común de decir algo cuando no se tiene nada que expresar. Gastadas por el uso, apenas sirven para entretener a los oyentes que van listando aquellas que alguien utiliza durante su exposición. De la repetición cotorrera nacen los bloques de significado (verdaderos bloques de cemento) que derivan en parejas casi inamovibles como ‘apretada agenda, legado imperecedero, exhaustivo análisis, intenso programa, amplio y profundo debate, distinguido huésped, unión indisoluble, merecido homenaje, divertidos festejos, variado espectáculo, irreparable pérdida’.

El español, como las restantes lenguas románicas, muestra una clara tendencia a la posposición del adjetivo al sustantivo en el grupo sintagmático nominal, a pesar de lo cual no impide que el hablante disponga de un amplio margen de libertad a la hora de decidir el orden en que hayan de aparecer las categorías modificadora y modificada. Pero la posición del adjetivo en nuestro idioma, aunque libre, no es caprichosa. En general, su variación, en la que influyen circunstancias de diversa índole (histórica, semántica, estética, fónica, contextual), permite expresar matices de gran precisión y riqueza. Está dentro de la idea de colocación. La colocación es la tendencia de un grupo de palabras a combinarse entre sí en función de la clase gramatical a la que pertenecen, de forma restringida por motivos culturales, sociales, idiosincrásicos y basados en la propia experiencia. Esta tendencia ha sido estudiada en los diccionarios combinatorios, como en el de Bosque. En él se advierte que la combinación de ‘risa’ con ‘sardónica’, ‘nariz’ con ‘aguileña’ es frecuente.

El adjetivo pospuesto, al decir de Hernando Cuadrado, desde un punto de vista sintáctico tiene carácter objetivo y el adjetivo antepuesto tiene carácter subjetivo: un ‘hombre grande’ y una ‘bella dama’. Por este motivo, adjetivos que expresan cualidades objetivas, como los que se derivan de nombres de países (mujer boliviana), por regla general se posponen, y los que envuelven la idea de apreciación subjetiva a menudo se anticipan: ‘malos tiempos’, ‘pobre hombre’. El adjetivo pospuesto permite modificación de grado ‘hombre muy grande’; admite la negación ‘un político no muy inteligente’; no forma conjunto con cualquier otro adjetivo: no se puede decir ‘universidad laboral y famosa’.

La semántica, según Salvador Gutiérrez, nos informa de que el adjetivo pospuesto tiene carácter calificativo, el antepuesto lo tiene cualitativo y es designado ‘epíteto’; el adjetivo pospuesto restringe la extensión del nombre: ‘perros enanos’; el epíteto o adjetivo antepuesto no restringe la extensión del nombre: ‘la blanca paloma, el crudo invierno’. Para la RAE el epíteto es el adjetivo que denota una cualidad prototípica del sustantivo al que modifica: ‘blanca nieve’; ahora bien si tiene función caracterizadora de personas o cosas va después: ‘Pedro el cruel’. A esto se añade que nuestra lengua tiene la virtualidad de diferenciar significados con el mismo adjetivo en distinta posición: ‘pobre hombre’ no es ‘hombre pobre’, ‘viejo amigo’ no es ‘amigo viejo’, ‘político preso’ no es ‘preso político’. ¡Qué marcada tendencia tienen los poetas, sobre todo los modernistas, al uso del epíteto! ¡Cómo resuenan los versos de Rubén Darío: «los claros clarines…largas trompetas…fieros guerreros»!

El adjetivo precede al sustantivo en un amplio número de grupos sintagmáticos cuyo orden de palabras, fijado por la costumbre, ha llegado a hacerse invariable. En algunos casos, la suma de ambos componentes equivale a un sustantivo por expresar un concepto único: ‘La Sagrada Escritura’. En otros, como ‘el libre albedrío, la patria potestad’, en los que perdura el orden latino, se advierte una gran cohesión semántica entre el adjetivo antepuesto y el sustantivo pospuesto. A veces, la combinación de adjetivo especificativo + sustantivo ha adquirido la suficiente consistencia para ser la denominación usual de una región o época: ‘la Baja Andalucía, la Alta Edad Media’. Frecuentemente, el grupo forma parte de locuciones sustantivas, adjetivas o adverbiales: ‘alta mar’, hombre de ‘cortos alcances’, ‘a simple vista’. Algunas agrupaciones como ‘libre cambio, alta costura’, calcan fórmulas extranjeras, y otras del tipo de ‘con íntima complacencia, sincero pésame’ constituyen valoraciones anquilosadas, con orden prácticamente irreversible también. Siento salpicar este artículo de comillas simples cual lluvia de piedrecitas, pero es que hablo del habla, y el habla está a un nivel distinto de comunicación; por eso es la convención ortográfica de las comillas españolas, las inglesas y las simples.

Lenguas no románicas, como el inglés, anteponen siempre el adjetivo al sustantivo: ‘black power’; el único problema entre ellos es el orden de diversos adjetivos delante del sustantivo. Espero que estas reflexiones sean del agrado del prof. Rafael Fente, maestro en las universidades de Granada, Jaén y Almería de la lingüística contrastiva y egregio mentor del inglés en nuestra zona de influencia.